



INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA CIVILIZACION.

Cuando se considera el estado de las costumbres de los antiguos, de los griegos y los romanos, tan elogiadas en los colegios y por gran número de publicistas del último siglo; cuando se examinan de cerca las relaciones que existen entre los pueblos y las diferentes clases de un mismo pueblo, no se pueden admirar como es debido las profundas y felices modificaciones que el Cristianismo ha introducido en un estado de cosas completamente retrógrado. Algunos puntos de comparacion entre la época que ha precedido y la que ha seguido al Cristianismo, bastarán para conocer la ventaja que las modernas llevan á las antiguas.

La esclavitud pesaba antiguamente sobre la mayor parte de la especie humana; el esclavo era la propiedad y el mueble del amo. El desprecio á esta clase inmensa de proletarios era

llevado hasta tal punto, que los filósofos más célebres de la antigüedad habian establecido gravemente como axioma que habia dos naturalezas: la naturaleza libre y la naturaleza esclava. Entre los romanos, los prisioneros cogidos con las armas en la mano trabajaban con grillos en los piés, y el virtuoso Caton enviaba á sus esclavos á morir á una isla desierta cuando la debilidad de sus fuerzas no le permitia servirse de ellos. El envilecimiento y la explotacion de esta clase de hombres están comprobados. Y no se crea que dicha clase fuese poco numerosa, pues era la que desempeñaba todas las labores del campo y llenaba las ciudades. Habia patricios en Roma que tenian hasta diez mil esclavos. Un célebre romano, al discutirse en el Senado la cuestion de dar un vestido particular á los esclavos, exclamó: «Cuidado con

proporcionarles medios de que se cuenten.»

La esclavitud ha sido desterrada de las sociedades modernas por la influencia del Cristianismo, y la emancipacion del pueblo se debe realmente á esta sublime religion, en la que se encuentra establecido como principio en aquellas palabras del Evangelio: *Todos los hombres somos hermanos, y ante Dios no hay excepcion de personas.*

Cada progreso en la emancipacion del pueblo es debido á una simple traduccion de estas palabras, que los primeros confesores de la Fe difundieron por toda la tierra. El Cristianismo era una obra de oportunidad y de progresos y no de insurreccion ni rompimiento de todos los vínculos; por esto debia caminar con el tiempo y modificar los siglos sucesivamente. Esto es lo que ha hecho; se veia á los Apóstoles y á los Padres de la

Iglesia anunciar la igualdad á los hombres y recomendar á los primeros cristianos el respeto al poder temporal.

San Pablo restituyó á su amo un esclavo que se habia ido á refugiar junto á él pidiéndole que le tratase mejor en lo sucesivo. Se puede decir que el clero nunca ha perdido de vista la suerte del esclavo y que le ha conducido á la libertad por una serie de estados intermedios y progresivos. Si se consultan las cartas de libertad dadas á los siervos por los señores de la Edad Media, se verá que son debidas casi todas á un motivo religioso, y siempre por la salvacion de su alma realizaban aquel acto de justicia. En fin, gracias á la influencia que el Cristianismo ha ejercido en nuestras costumbres, todas las señales de la antigua legislacion han desaparecido de nuestras costumbres.

J. M. BALLESTEROS.

CONOCIMIENTOS GEOLÓGICOS.

La latitud ó la distancia al Ecuador ha sido por mucho tiempo y es todavía en algunas localidades la única indicacion para conocer la temperatura reinante. Pero esta estimacion es demasiado grosera, porque la temperatura no depende únicamente de la cantidad de rayos solares que caen sobre la tierra, sino que es modificada por otras muchas causas. Así se ha probado que la Europa

goza de un clima más templado que las comarcas de Asia y América, situadas á igual distancia de la zona tórrida y sometidas á la misma influencia solar.

Este resultado proviene en gran parte de la posicion que ocupan los continentes respecto de los mares que los rodean. Su desigual distribucion sobre el globo contribuye mucho á la diversidad de los climas; estas dos

masas de diferente materia se calientan desigualmente; la que es sólida y opaca no constituye en su extensión la cuarta parte de la líquida y diáfana; la luz penetra ménos profundamente y el calor se acumula en la capa más próxima á la superficie, y resulta que la temperatura está sujeta á grandes variaciones.

Los continentes absorben rápidamente el calor y lo pierden lo mismo; los mares, por el contrario, retienen mejor el que les ha penetrado; además, las moléculas más frías van siempre al fondo y á los 70° de latitud ya no se hielan, por lo que forman un vasto receptáculo de una temperatura casi constante, y en el invierno devuelven una parte del calor que han absorbido durante el verano. Por esta causa ejercen una influencia moderadora en las tierras vecinas, y así una isla situada en el Océano disfrutará clima más templado que una extensión igual de terreno en medio del continente. La Grecia, que presenta una superficie cortada y atravesada por los mares, ha podido ser uno de los primeros y más importantes centros de civilización, lo mismo que la Europa que, bañada por las aguas en casi todo su circuito, cortada por golfos y penetrada por masas líquidas, goza, en virtud de esta disposición, de un clima más templado que el Asia compacta, de la que en cierto modo es una península.

Los vientos reinantes ejercen grande influencia en la temperatura: el viento de mar que sopla en las cos-

tas occidentales de Europa mitiga en el invierno el rigor del frío, y cuando llega al Asia ya ha perdido gran parte de su calor al pasar sobre las aguas. Los vientos del Norte, para llegar á Europa, han tenido que atravesar una gran planicie de agua en la que han moderado su frialdad, y además han quebrantado su ímpetu en las montañas de Suecia y Noruega; pero en Asia, cuya extremidad avanza más hácia el polo, no hay diques que los contengan ni templen, y se pasean por las llanuras cargados de hielo. Los vientos del Sur nos traen parte del calor que han adquirido al atravesar el Africa compacta y sometida al sol ecuatorial casi en toda su extensión, mientras que al Asia llegan del mar de las Indias, puesto que la superficie comprendida entre los trópicos es principalmente líquida, y ya se ha dicho que el aire marítimo es mucho ménos ardiente que el que pasa sobre un suelo en el que se concentran los rayos del sol. Aun cuando los vientos del Sur fuesen tan ardientes en la zona tórrida asiática como en la zona tórrida africana, no podrian contrastar el efecto de los vientos del Norte en las llanuras de Asia, porque serian detenidos por las cordilleras de montañas que se extienden paralelamente al Ecuador.

La superficie del terreno ejerce gran influencia en la temperatura. En los desiertos de arena ó de rocas peladas, el aire se calienta con el contacto del terreno, y levantándose verticalmente se esparce en las próximas

capas de aire hácia las partes más frias. Por el contrario, las llanuras cubiertas de vegetales, céspedes ó árboles, rebajan considerablemente la temperatura. Los céspedes durante el día se calientan ménos que la arena con los rayos solares, y por la noche emiten fácilmente el calor que habian abrigado. Las selvas obran como causa de frio de tres modos diferentes: por el abrigo que prestan al suelo contra los rayos del sol, por la evaporacion de los líquidos que contienen y por el enfriamiento que resulta de la radiacion nocturna. Las hojas, multiplicando las superficies, influyen en alto grado en la evaporacion y la radiacion; en este último caso se calcula que un árbol puede extender su influencia atmosférica á mucha más extension que la del suelo que abriga.

El influjo frigorífico de los vegetales es de gran importancia en el nuevo continente. Las inmensas selvas de América en la zona ecuatorial están rodeadas por el Norte y Sur por gramíneas que se extienden hasta

el Océano boreal. De aquí se deduce que la naturaleza del terreno en el Nuevo Mundo ejerce una accion frigorífica muy activa y poderosa. Un hecho análogo se presenta en las grandes llanuras del Asia septentrional, casi enteramente revestidas de vegetales, que aunque distintos á los de América, producen efectos semejantes. En fin, la elevacion del terreno produce generalmente disminucion en la temperatura. Basta recordar que en la misma zona tórrida existen nieves perpétuas en la cima de las altas montañas. Estas consideraciones explican la temperatura moderada de que goza la Europa en general. Para estudiar la division de los continentes, ha sido preciso averiguar las causas refrigerantes, lo que se conseguirá tambien respecto de localidades más circunscritas, y una vez el hombre en posesion de esta ciencia, podrá por su accion en la naturaleza exterior modificar algunos efectos.

M. DE LA J.



UN CUENTO

Á MI QUERIDA PRIMITA LA ENCANTADORA NIÑA,

ELISA DOMINGUEZ.

Dichosos, en verdad, son aquellos que abrasados por el sol del estío tienen un fresco pabellon donde refrigerar sus fuerzas estenuadas; pero más dichosos aún los que al sentir el ardor de la juventud y sus pasiones, pueden refrescar el corazón calcinado con la presencia de los sitios y los objetos testigos de su niñez venturosa. ¡ Ah! no hay dicha como encerrar los dilatados lienzos de nuestra vida entre cuatro paredes que nos hablan el lenguaje elocuente de los recuerdos, y sentir abrirse nuestro sepulcro en el sitio donde nuestra cuna rodára.

En mi patria me hallo; pero ¿ qué se ha hecho el hogar donde abrí mis ojos á la vida? Arrancado de él cuando mi entendimiento podia percibir apenas los objetos que me cercaban, en vano intentára hoy hacer palpable la vaga sombra que mi memoria conserva.

Pero si nada queda del hogar en que nací, existe aquel que me acogió en su seno brindándome felicidad y cariño. Por eso, ya que no me sea dable descansar á su bendita sombra, recréase mi corazón en sus dulcísimos y puros recuerdos. Recordar es vivir, Elisa mia; el corazón se mantiene sólo de recuerdos y esperanzas,

porque ansiando siempre aquello que no tiene, no aprecia jamás en su valor verdadero la realidad de las cosas. El presente — por la única razón de que lo poseemos — aparece árido y triste á nuestra vista; á nuestra vista que, cansada sin duda de buscar la felicidad que huye, unas veces delante y otras detras de nosotros, necesita tener los objetos lejanos para distinguirlos.

A pesar del tiempo y la distancia que nos separa, fotografiados permanecen en mi alma un cielo purísimo como el primer ensueño de la felicidad, una vegetación lozana como los nobles impulsos de la juventud, una mar tan bella que ha dado nombre al lindo pueblecito que arrulla con su eterno y cadencioso canto. ¿ Le conoces?

En ese pueblo existe una casa, morada un tiempo de la felicidad, sagrario del amor, plácido asilo de la paz del alma; venturosa navicilla, ¡ cuántos años surcó el piélago de la vida sin que la conmovieran otros huracanes que las dulces auras del contento! Pero ¡ ay! también la borrasca ha rugido sobre su cabeza, trocando en enlutados jirones las blancas velas de la felicidad, porque la desgracia, niña mia, se encarniza

más con aquellos que por vez primera acomete. Pero ¿qué entiendes tú de los dolores del mundo? Tú que sólo contemplas la vida al traves de las miradas de inefable ternura con que te envuelve tu dulce madre, por eso la ves de color de cielo como sus ojos y hermosa como el alma que reflejan.

Pues bien, niña querida, en esa casa, morada de tus mayores, donde sentí abrirse mi pecho á las delicias del fraternal amor y á las gratas expansiones que, como á la tierra las flores, hace brotar en el alma el bello sol meridional, reuníanse há poco más de tres lustros cuatro niños alegres y bulliciosos como una bandada de golondrinas. Iman de aquellas infantiles voluntades era una anciana sirvienta conocida por Francisca la *Grande*, calificativo que la distinguía de una jovencuela del mismo nombre que denominaban Francisca la *Chica*. Extremada era esta anciana en contar divertidos chascarrillos y sabrosos cuentos, en los cuales, como en la mayor parte de los que escuchamos por boca del pueblo, al traves de la ingenuidad y gracia que le son innatas, traslucíase una idea moral como una parábola del Redentor del mundo.

Los niños eran, Elisa, tu madre, tu tia Consuelo y Pepito, el cual, habiendo vivido entre ángeles voló al cielo, para estar eternamente entre ellos, y por último yo. Pero si he dado á entender que los cuatro estaban atentos á los cuentos de la anciana, esto no sucedía siempre, porque tu madre era un gentil diablejo

que en lo que se ocupaba era en idear una treta que jugarnos y reirse grandemente á nuestra costa. Consuelo, preciosa y delicada criatura, pensaba más en los ángeles que en los cuentos de la buena Francisca, y en cuanto á Pepito, echaba sus cuentas sobre si sería más divertido secundar la travesura de tu madre, ó ponerse bizarramente de parte del débil; esto es, de la nuestra. Quiere decir, que la buena anciana no tenía otro oyente que á mí, pero éste en cuerpo y alma; porque yo deliraba entónces por los cuentos de Francisca la *Grande*, como ahora deliro por los de Trueba, Fernan-Caballero y algun otro autor, lo cual te probará que soy muy constante en mis aficiones.

Y no sólo atendía yo con mis cinco sentidos á los cuentos de la anciana, sino que áun cuando apenas contaba seis años, recogíalos y guardaba en la memoria, de donde escojo uno de ellos para trasladarlo á esta Revista, con la cual quisiera jugaras hoy y aprendieras mañana á ser una niña buena y hacendosa, á amar y obedecer á tus amantísimos padres; que la que es buena niña, será en su dia mujer excelente, que cumplirá todos sus sagrados deberes, llenando así el alto destino por Dios á la mujer confiado. Pide, pues, á tus embelesados papás te suscriban á Los Niños en obsequio mio, y en pago del entrañable cariño que á tí y tu familia profeso, concédeme siquiera el que yo guardo á la dulce memoria de aquella anciana, pobre sí, de fortuna, pero rica de corazon.

I.

Tres eran las hijas del rey Veremundo — número que parece obligado en la mayor parte de los reyes de aquel tiempo. — Selinda, la mayor, era hermosa como la creacion de un poeta; los príncipes más poderosos venian de luengas tierras por sólo verla; inspirábanse en sus gracias los trovadores; rompian lanzas los caballeros por su hermosura, y en todo el mundo á la redonda no se hablaba de otra cosa que de la encantadora princesa.

Sofía, la segunda, no era muy bella, pero esta falta estaba bien compensada con su profundo talento y vasta sabiduría; de las cuatro partes del globo acudian los filósofos más eminentes é ilustres varones á sostener con ella eruditas disertaciones y polémicas, en las cuales salia casi siempre vencedora, dejando á los doctos ancianos con un palmo de boca abierta.

La menor, llamada Violeta, no era ni sábia, ni hermosa, pero si los doctos no la envidiaban ni los gala-

nes la obsequiaban gran cosa, los pobres la amaban con toda su alma, y por cada alabanza más ó menos interesada que sus hermanas recibian, ésta se llevaba un coro de amantes bendiciones.

No eran muy extensos los dominios del Monarca, pero sí felices y deliciosos, lo que junto con las tres princesas hacía del reino un paraíso.

— ¡Señor, señor! exclamó un dia cierto áulico entrando en la real estancia todo triste y cariacontecido.

— ¿Qué sucede? preguntó S. M., ¿ha salido vencida mi Sofía en alguna sábia disertacion?

— No, señor, no es eso.

— ¿Le han dado las viruelas á Selinda?

— No, señor, no es eso.

— Pues ¿es Violeta á quien ha sucedido alguna desgracia?

— Las princesas siguen sin novedad en su importante salud.

— Acabemos, ¿qué hay? exclamó el Monarca, que iba perdiendo los estribos.

(Se continuará.)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Continuacion.)

XV.

¿Creen VV. que ya se han acabado las donosas invenciones de la se-

ñorita Rosa? Pues si lo han creido se equivocan VV. grandemente.

La señorita Rosa, que es muy observadora y no se le escapa nada, ha

observado que el doctor que asiste á su mamá le receta baños calientes, y como Rosita viene á ser el médico de la muñeca, y esta jóven está un poco averiada, calcula acertadamente

la niña que tambien á la muñeca le convendrá, para fortalecerse, algun bañito caliente.

En cuanto lo piensa comienza á desnudar á la muñeca, y la mete en



el baño. Por supuesto que Rosita no se separa de allí un momento mientras se baña la muñeca, porque muy bien pudiera ahogarse al menor movimiento que hiciera. ¡Son tan imprudentes las muñecas!... Pero la señorita Rosa ha aprendido de su ma-

má, que, cuando está buena, no cesa un momento de vigilarla, y lo mismo hace ella con la muñeca.

XVI.

Pero ¡oh suceso inesperado! La pobre muñeca sale desconocida de su

baño caliente. ¿Qué es esto? se pregunta con asombro Rosita;—cuando bañan á la perrita no se deshace en el agua como la muñeca!...

Viendo á la muñeca salir del

baño se creeria que su cuerpo se ha derretido como si fuera de cera.—Sin duda, piensa Rosita, los baños calientes que eran tan buenos para las personas enfermas,



son perjudiciales para las muñecas.

Rosita queda sumamente afligida, porque quiere mucho á la muñeca, y sólo se consuela pensando que tiene en su hucha cuarenta reales, y llevará á la tienda de los Alemanes

la muñeca, y allí le pondrán un cuerpo nuevo. Felizmente la cabeza de la muñeca no ha padecido nada, porque es de porcelana. Y lo principal es que la cabeza esté sana.

(Se continuará.)

4. Si un toro viniera por la calle de Torija sería preciso para detenerle que saliese al encuentro un. *Cachetero.*
5. En la cuesta de Santo Domingo hay un jardín con. *Buena verja.*
6. Bajando por la Costanilla, á la derecha, se va del Teatro Real. . . . *Al paraíso.*
7. Si en el solar de la calle de las Veneras pusieran parras, como da el sol, se comería. . . *Uva tierna.*
8. Por la calle de Preciados, como es llana, cuando llueve no corren bien ni. *Ruedan las aguas.*
9. Aquel que vende fósforos en la esquina de la calle de Tudescos. . *Angel, es.*

De esta manera sencilla pueden irse formando grupos de nombres de personas, ciudades, vocablos, palabras incoherentes, frases y voces técnicas en las ciencias, en las artes y oficios, eligiendo solamente para cada uno la localidad, que comprenda diez sublocalidades, en cualquiera población que habitemos, y que sea sobre todo bastante conocida para nosotros, y áun dentro de nuestra propia casa, tomando de derecha á izquierda, diez objetos (contando con el que ocupamos) numerados del

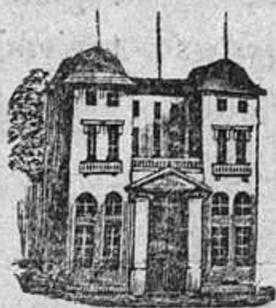
1 al 0 como hemos visto, y asignando á cada número el nombre, título ó frase que nos interese recordar, por su orden de antigüedad ó importancia al objeto que nos proponemos; sin que siguiendo estas reglas sea posible nunca anteponer, postergar, confundir ni dar al olvido ninguno.

En el cuadro que dejamos trazado tenemos por pauta fija las diez sublocalidades 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 0, que es el punto que ocupamos de espalda á la manzana de casas que hay mirando á la Cuesta de Santo Domingo, y como las calles numeradas son inalterables no podemos tomar una por otra.

Si queremos en vez de correlativos salteados recordar Miralpeis y Rudaguas, no tenemos más que contar las sublocalidades intermedias, y sabremos al punto que son las de Isabel la Católica y la de Preciados.

No es preciso recargar la memoria con la construcción de las oraciones que convencionalmente formamos; basta conservar la voz data: si nos preguntamos ¿quién miró por el país? ya sabemos que Isabel la Católica, por ser la segunda calle, contando por la derecha, que tiene en el cuadro el núm. 2, y así sucesivamente.

M. J. PASCUAL.



EL HIJO DE LA TRISTEZA.

(TRADUCCION DE HERDER.)

Junto al ruidoso torrente
Sentada está la *Tristeza*,
Y con un poco de barro
Una figura modela.
— ¿Qué haces? le pregunta *Jove*.
— Una imagen, dice ella:
Una imagen, que tu aliento
Animará cuando quiera.
— ¡Cúmplanse, pues, tus deseos,
Que viva y me pertenezca!
— ¡Oh! no, repuso la diosa,
Deja que en mis brazos crezca,
Recuerda que soy su madre...
Entonces llega la *Tierra*,
Diciendo: — Este niño es mio,
Pues de mi seno saliera... —
Saturno, que pensativo
Observaba aquella escena,

Adelantándose entonces
Les habló de tal manera:
— De todos es y de nadie
Este niño: así lo enseña
El Destino. Tú, que, ¡oh *Jove*!
Le diste la vida, espera
A que el alma que forjaste
La muerte al cabo te vuelva.
Tú, *Tierra*, tendrás su cuerpo
Así que su cuerpo muera,
Y tú, *Tristeza*, su madre,
Tuya será su existencia:
Jamás huirás de su lado
Y, constante compañera,
Tan sólo podrás dejarle
En los brazos de la *Tierra*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL TIEMPO.

El tiempo es precioso, pero no se conoce su precio; se le conoce, sí, cuando ya es imposible aprovechar el tiempo. Nuestros amigos nos piden el tiempo como si fuera cosa de poca importancia, y lo concedemos con la misma facilidad que se nos pide. Muchas veces nos parece pesado el tiempo y no sabemos que hacer de él, y hasta manifestamos deseos de que pase brevemente. Día vendrá en que un cuarto de hora nos parecerá más estima-

ble que todas las fortunas del mundo. Dios, pródigo y magnífico en todo lo demás, nos enseña, por la sabia economía de su providencia, cuán circunspectos debemos ser en el buen uso del tiempo, puesto que nunca nos concede dos instantes juntos, y no nos da el segundo sino retirándonos el primero y reteniendo en su poder el tercero, sin que podamos tener seguridad de que lo obtendremos.

FENELON.

LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

Por último, el mismo día en que cumplía el plazo llegó también Floro á la quinta. Llevaba magníficos vestidos, montaba un soberbio caballo y le seguían tres criados montados del mismo modo y vestidos con ricas libreas: le trataban con la más respetuosa deferencia, y sólo le hablaban con la frente inclinada al suelo. La fisonomía de Floro aparecía seria y reposada; la perfecta tranquilidad de su alma se transparentaba en todo su aspecto. Al encontrarse con sus dos hermanos dió pruebas del mayor regocijo y los estrechó con afectuosa ternura contra su corazón. Indudablemente Floro era también feliz.

Pasados los primeros desahogos del amor fraternal, y cuando todos reunidos cenaron aquella noche en compañía de la joven esposa de Antonio, llegó el momento que todos aguardaban con impaciente anhelo, el de conocer mutuamente sus aventuras en el trascurso del año en que habían vivido separados. A ruego de sus hermanos, Octavio fué el primero que relató su triste historia, en cuya narración Floro y Antonio manifestaron el más tierno interés mostrando la parte que tomaban en sus aflicciones, y la tierna compasión que les inspiraba.

Terminada aquella historia, Floro

dió principio á la suya en estos términos, poco más ó menos:

— Con el alma llena de una dulce esperanza emprendí mi camino en aquella hermosa mañana en que todos abandonamos esta casa que tenía para nosotros los más tiernos recuerdos. Llevaba la más firme confianza en mi buena estrella, y la incertidumbre del porvenir no podía nublar la tranquilidad de mi espíritu: me sentía con fuerzas suficientes para poder dominar las contrariedades de la fortuna y cuantos obstáculos puede hallar el hombre entre los escollos del mundo y el oleaje de las pasiones.

Sosegadamente caminaba deteniéndome á veces á examinar con curiosidad la estructura de una flor, la composición de un terreno, las causas que pudieran haber motivado un fenómeno digno de estudio: interrogaba sobre sus costumbres y su manera de vivir á las aves, á los brutos y á los peces que encontraba en el valle, en la selva ó en el río, y en todo encontraba motivos para adivinar la sabiduría del Supremo Artífice que formó el universo. Aquel día me alimenté de las frutas que me ofrecían los árboles que encontraba, y al anochecer llegué á dar vista á una hermosa granja, á la que resolví lle-

gar á pedir hospitalidad. Me recibieron con cortés deferencia varios criados, que desuncian sus yuntas de bueyes, despues de haber labrado la tierra desde la mañana hasta la puesta del sol, y me hicieron pasar á una espaciosa cocina, en la cual, sentada cerca del alegre fuego, una mujer de bastante edad y de rostro notablemente afligido preparaba con gran cuidado un cocimiento extraño en un puchero de barro.

Me saludó tristemente y me dijo que á mi disposicion ponia aquella casa y cuanto en ella se encerraba, sabiendo que al hacerlo interpretaba los humanitarios sentimientos del dueño de ella, que era su marido, el cual siempre manifestó una dulce satisfaccion en ofrecer su albergue al peregrino. Conociendo que alguna pena oprimia su corazon, le pregunté por la causa de su tristeza. Me contestó que su esposo se hallaba en cama, enfermo de gravedad, que ésta presentaba funestos síntomas, que con ningun remedio encontraba alivio y que esperaba de un dia á otro el más fatal desenlace.

La signifiqué mi deseo de ver al enfermo, advirtiéndole que yo tenía algunos conocimientos médicos, y ella se apresuró á llevarme á la alcoba donde su esposo yacia en el lecho sumido en un profundo letargo. Le miré atentamente y me pareció que si no se le proporcionaba un pronto alivio, la aguda fiebre extinguiria pronto su vida. Gracias á la facultad de doble vista que me da mi maravilloso anillo, pude registrar minu-

ciosamente el interior de aquella máquina vital, profundamente perturbada, vi en qué parte del organismo existia el origen de la dolencia, y lo que era necesario hacer para restablecer el equilibrio que constituye la vida de todo sér animado. Ofrecí á la pobre mujer hacer cuanto pudiera por salvar la vida de su esposo, manifestándole cuál era la dolencia que éste sufría, y ella por su parte me dió muestras de la mayor gratitud. Examiné el medicamento que se estaba preparando para el enfermo, y conocí por su composicion que le sería más nocivo que provechoso.

Me dijeron que lo habia mandado preparar un curandero del país, y yo prohibí expresamente que lo administráran al enfermo, para quien buscaria un remedio más eficaz. En efecto, á aquella misma hora me fuí á un monte muy próximo á la granja, y entre la espesura de él encontré una corneja que cantaba tristemente. Los animales poseen un distinto conocimiento de la virtud medicinal de las hierbas y sustancias minerales que encierra la naturaleza: pregunté á la corneja cuál sería la planta más provechosa para curar la enfermedad que yo le nombré, y que era la que padecía el dueño de la granja. La corneja me dió las explicaciones que deseaba, y me acompañó por el monte, buscando con su vista perspicaz, que penetra en las tinieblas, varias plantas que me iba señalando, picando en sus hojas. Reuní cierta cantidad de ellas, volví á la granja, las hice cocer al fuego hasta el grado

que era necesario, y luego dispuse que se diese al enfermo aquella bebida con los intervalos y en la cantidad que señalé. El efecto fué el que yo esperaba; mitigóse la fiebre, y aquella noche el enfermo reposó con notable tranquilidad, principiando á desaparecer los síntomas morbosos que ántes me alarmaban.

En vista de la notable mejoría que se advirtió, todos los habitantes de la granja me manifestaron su respetuosa admiración y su franca gratitud, especialmente la honrada mujer á quien la vida del enfermo tanto interesaba. Se me prodigaron toda clase de distinciones, se me trató con el mayor esmero, y todos me rogaron que no dejase la quinta hasta que el dueño de ella se viese libre de su penosa enfermedad. Me rendí á tan reiterados ruegos y permanecí allí dos dias, al cabo de los cuales, gracias á mis cuidados, el enfermo desechó su grave dolencia y entró en el período de la convalecencia, pudiendo abandonar el lecho.

Las pruebas de reconocimiento que allí recibí llenaron mi alma de la dulce satisfacción que ocasiona el haber hecho un bien á un semejante nuestro. Colmado de las bendiciones de aquellas buenas gentes, y recompensado con un modesto donativo que el dueño de la granja me hizo por la asistencia que le habia dispensado, salí de allí para continuar mi peregrinación.

No molestaré vuestra atención refiriéndoos otras aventuras del mismo género, en las que fuí protagonista. Mi mayor placer consistia en encontrar ocasiones de emplear mis conocimientos médicos en devolver la salud, ya al desdichado pastor, ya al inocente niño que formaba el dulce recreo de sus padres, ya al achacoso anciano, ya á la jóven esposa del labrador y hasta á los animales domésticos que ayudan en sus trabajos á las gentes del campo.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.

EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(Continuación.)

III.

¡ Jesus! ¡ Qué terquedad la de este chico!
 ¡ Ponerse en tan mal dia
 Un pantalon tan rico!
 Una entrada de azotes merecia

Y no lucir el pantalon precioso
 En un año lo ménos; de esta suerte
 No sería otra vez tan caprichoso.
 Pues si su padre advierte
 Lo que pasa, verá... tiene un geniazo,
 Que puede que le arrime un estacazo.

Pero nada sabrá; la hermana buena
Hará que no lo sepa, que por cierto
Tendria una gran pena
Si el padre le pegase al niño Alberto.
— Calla, le dice, calla,

Que padre va á venir con aquel palo
Que tiene en el rincon por si eres malo.
Mas ni por esto cesa en la batalla,
Con nada se persuade, nada teme:
— ¡Yo quiero pantalon, grita y más grita,



Pantalon, pantalon, *quero poneme!*
Y con terror escucha la hermanita
Que desde dentro el padre, ya enojado,
Pregunta: — A ver, ¿qué pasa
Que estais alborotando así la casa?...
Si no calla ese chico verá cómo

Del palo que le arrimo le deslomo.
— ¡Oyes? dice la niña, calla y toma
Y ponte la blusita tú solito,
Y luego te pondré el pantaloncito,
Porque si viene padre te desloma.

(Se continuará.)